

mán irresistible que hice, á tiempo contenido, de agarrar á aquel charlatán por el cuello. Iba á cambiar de sitio otra vez; pero al ver que enfrente de mí una señora flaca y de plegado rostro, miraba á Remedios con un ojo, al través de los lentes cerrados, hablando al mismo tiempo con alguna otra y sonriendo con aire de burla, llegada al colmo mi irritación, traté de huir y pasé á la pieza contigua, opuesta á la que los músicos ocupaban.

Era esta una amplia habitación, que adecuaba para el caso convenientemente, mostraba desde luego ser la destinada para el ambigú y gaudeamus de la media noche. Dividíala una mesa larga y angosta, sobre cuyos manteles veíanse ya colocados con simetría multitud de platillos con todo género de gollerías; botellas de diversas formas, colores, marcas, y de trecho á trecho altos floreros con grandes ramilletes.

Ya andaban por allí las comisiones destapando botellas y aperciendo copas para obsequiar á las damas; y tal cual viejo goloso, se paseaban á lo largo de la mesa, con

malicia y recelo, calculando la estrategia más conveniente para el merodeo disimulado.

Hice poco caso de estas menudencias, y procuré buscar un sitio desde donde pudiera mirar á Remedios y ofrecerme á sus ojos.

Continuó el baile animándose cada vez más. La atmósfera impregnada del aroma de flores, pañuelos y cabezas, fué haciéndose pesada y sofocante; las conversaciones sonaban en alta voz y las risas eran repetidas y francas; muchos eran ya los que entraban en el comedor improvisado y salían de él llevando botellas y copas; cada cual se comportaba como si estuviese en su casa propia; las manías estaban sordas, los papás ciegos y sus hijas resueltas; en una palabra, la *expansión* del periódico oficial había traspasado por todos los vientos las fronteras del encogimiento atildado que impone la sociedad culta.

Allí el que no estaba embriagado por el licor, sentía la enagenación del contento; y el viejo que no se sentía agobiado por el sueño, estaba ahito de pastelillos y dulces, que tanto dá. En aquella estancia, mientras más loco

que todos, me bañaba yo en la luz de los divinos ojos de Remedios, oí cien bríndis de cajón, ponderando la amistad y despreciando el dinero; cien en que se protestaba adhesión y se derramaba la sangre del orador como quien derrama un vaso de agua sin mojar á nadie; cien de admiración á la sabiduría de Vaqueril, al talento de Miguel y al pulso político del Secretario del Despacho. Las palabras *fraternidad, confraternidad, lealtad, sinceridad, libertad*, y otras mil de igual terminación, amontonadas en cada boca, disputaban sobre cual había de salir la primera, y más de una vez oí decir como una gran cosa, aquella frasesilla, tabla de salvación en naufragios oratorios, de que “el silencio es muy elocuente” y “vd. sabe cuanto quiero decirle.”

Vaqueril dijo al fin el suyo: aquel que escribió tres días antes Miguelito y que no llegó el alto magistrado á tomar bien de memoria. ¡Como le aplaudimos!

Pasaba de media noche, cuando las señoras, invitadas por los galantes caballeros, in-

vadieron el comedor y rodearon la mesa, no con más orden y silencio del que hasta allí mantuvieran; pues atentos los papás y mamás á las carnes fiambres y á las menudencias esparcidas por cuanto eran manteles, dejaban ancho espacio para el desenvolvimiento de la confianza y la cordialidad de las niñas.

Vaqueril conservaba la afectada sonrisa en los labios y la mirada perversa en los ojos, pues había limitado el vino á lo que podía consentir el decoro de su alta magistratura. Las niñas humildes á quienes antes atendía, le miraban desde lejos, quejas de su inconstancia, pues las había repentinamente abandonado. Miguelito servía á Doña Eulalia é hijas, dirigiendo á Remedios miradas furtivas, en tanto que la Gobernadora, de mal talante y con grosera insistencia no quitaba los ojos de la hermosa pedreña.

Cuando las parejas volvieron al salón y Remedios se alejó de mí, el afán de bailar con ella me tenía desesperado en términos que me sentía capaz de invitarla en los bigotes mismos de Don Mateo. ¡Y cómo no, si la ha-

bía visto en brazos de Carriles, del Redactor, y aun en los de Miguel, á quien sorprendí alguna vez hablándole al oído?

Miguel se me puso delante y me dijo:

—¡Ya bailé con ella, Juan! Lo hace como ninguna de estas. Le hablé, pero ¡lo creerá vd. hombre! he tenido miedo, he temblado y creo que le dije puras simplezas. Ya platicaremos. Voy á bailar con Candelaria esta pieza. ¡Me carga esa fea!

De la puerta regresó para decirme estas palabras que me helaron la sangre:

—Don Mateo ha rogado al Gobernador hacer un momento, que le despida á vd., y le arrancó el compromiso de que lo hará muy pronto. Mañana veremos que se puede hacer.

De un solo golpe vinieron á mi imaginación todos los males que este alevoso ataque me causaría, y al pensar que tendría que huir de la ciudad por falta de un miserable sueldo, que no vería ya á Remedios, y que humillado y abatido, debería renunciar á levantarme á más alta esfera, sentí que flaqueaban mis fuerzas, y me apoyé en la pared. En mi exaltada

imaginación me pareció ver á Remedios que fijaba en mí sus ojos llenos de ternura y de lágrimas, y brotaron las mías, quemándome el rostro como plomo derretido.

Una voz dulcificada trabajosamente y que me pareció maullido de gato, interrumpió mis imaginaciones que eran cada vez más amargas.

—¿Quiñones?

Levanté la cara, disimulando mi pena, y quedé asombrado al ver delante de mí al Señor Gobernador, que me miraba con interés.

—¿Porqué está vd. tan solo, hombre? ¿No le gusta bailar?

—Señor... tartamudeé tímidamente.

¡Vamos! Y creo que ni una copita ha tomado vd. Venga por aquí, hombre; venga por aquí, que hoy no consiento que nadie esté triste.

Y caminando de asombro en asombro, seguí al Señor Vaqueril, el cual, en llegando á la mesa, llenó una copa de cualquier licor y me la puso en la mano. Yo bebí y quedé esperando que Don Sixto me manifestara con

más ó menos claridad que no debía volver á la oficina; pero lejos de eso, comenzó por preguntarme qué tal me iba de trabajo, y si Miguel me recargaba de quehacer. Contesté lo que era del caso, manifestándome agradecido de sus bondades; y llena la mente de las más intrincadas confusiones, me turbaba más y más, mientras Don Sixto extendía por mayor espacio la amable conversación.

¿Qué me parecía el baile? No era gran cosa, á su entender; á mi podría parecerme muy bueno porque era el primero á que asistía en la capital.

¿Hacía mucho que había llegado á ella? . .

Y así fué resbalando, resbalando, hasta esta pregunta que ya me dió en que pensar, porque él estaba enterado de mi procedencia.

—¿De donde es vd.?

—Señor, de San Martín de la Piedra.

—¡Hombre! Es vd. paisano de Cabezudo.

—Sí, señor.

—Yo estuve en San Martín una vez; pero hace ya muchos años. Todavía Cabezudo no sonaba por allá, y vd. sería una criatura. Y á propósito, hombre; vd. ha de conocer á esta

muchacha que tiene como hija; esta que llaman la Cabezudita.

Cortóseme en aquel momento la respiración, sentí un baño de agua hirviendo, y quise decir que no, dominado por la indignación más viva; pero tuve un rayo de luz que me iluminó la mente, y dominando el primer movimiento, contesté que sí, y me dispuse á entrar en batalla.

Don Sixto siguió resbalando, resbalando, y yo allanando el camino, por más que la vergüenza estuviera quemándome el rostro. Cuando me sentía débil para aquella lucha, traía á la memoria las palabras de Miguel, y pensaba en la suerte que cabría á Remedios abandonada por mí entre aquella gente, y como el gigante de la fábula, cobraba fuerzas al tocar el lodo en que tenía puestos los piés.

Según Vaqueril, la Cabezudita era una muchacha que le inspiraba gran simpatía; desearía ser presentado á ella de una manera amistosa y familiar; no como lo había hecho Cabezudo; desearía también que un amigo de

ella la hiciera entender que él la estimaba mucho, por sus cualidades y por ser sobrina ó más bien hija de un amigo tan bueno como el Coronel. En una palabra, el quería que Remedios le tuviese por uno de sus buenos amigos, y aun le contase entre los de confianza.

Procuré yo que no extendiera á más la suya el Gobernador, y le aseguré que Remedios tenía un carácter agradable y sencillo, y que no podría menos que acoger con gratitud aquellos sentimientos. Don Sixto cayó en la red, y de repente me preguntó:

—¿Y por qué no baila vd. con ella, hombre? Teniendo una paisanita tan linda se está vd. aquí lleno de timidez!

Me expliqué. Don Mateo había tenido graves cuestiones con un tío mío sobre límites de tierras; yo había sido auxiliar de mi tío en sus trabajos, y como este ganara al fin el pleito con costas, el Coronel me había declarado un odio mortal.

No necesité más. Cuando la orquesta anunció la pieza siguiente, el Coronel, en medio

de un grupo capitaneado por el diputado Roquete (merecedor de alguna tinta que en él gastaré), oía brindis inacabables con la boca abierta, puesto en el colmo de la estupefacción por el relato de hazañas que se le atribuían en la guerra y la política, de que así era autor como de la *Suma teológica*.

Maldígame el cielo si sé ni supe qué pieza fué la única que bailé aquella noche. Temblaba aprisionada en la mía la mano húmeda y helada de Remedios; su cintura se apoyaba en mi brazo, en el cual no pesaba la mitad de lo que yo quisiera, y al inclinarme para hablarle al oído palabras cortadas por las vivas emociones de mi corazón, sentí más de una vez, estremeciéndome de gozo, que rosaba mis mejillas su aliento agitado y ardiente. Debo de haber tropezado mil veces con las otras parejas; debo de haber desgarrado algunas faldas y causado muchas desazones á los demás. Yo no lo sé, ni entonces quise saberlo, ni ahora me importa recordarlo. ¡Cómo han de haberse burlado de mí los tontos que tan bien sabían bailar!

Primero el natural temor de ser sorpren-

dida por el Coronel, embargaba á Remedios; después, dejándose arrastrar por los sentimientos que mis palabras despertaban en su corazón, quedó atenta á mi voz; y llevada su viva imaginación por los campos que juntos habíamos recorrido en otro tiempo, al sólo conjuro de mis enamoradas expresiones, la niña con acento de tierno é íntimo cariño, murmuró muy bajito:

—¡Quisiera volverme á San Martín!

¡Cuánta elocuencia en tan breve frase! Sí; yo esperaba á las diez de la mañana en la esquina del portal para verla salir de misa y decirla adiós al pasar junto á mí. Por la tarde montaría yo á caballo para recorrer la calle repetidas veces y verla sentada á la ventana; y después de la merienda iría á buscarla á la serenata en la plaza, donde de seguro la encontraría y quizá platicaríamos un momento...!

¡Vaya si perdimos el tiempo en asuntos como éste! Hube de notarlo al fin, y puse remedio hablándole de la manera de comunicarnos. ¡Quién se acordaba de celos en aquel

instante? Y si me acordara ¿podía atreverme á lastimar su delicado amor, —siquiera diciéndole que había quien la encontrara hermosa?

La dulce y antigua confianza se restableció; abandonóse en mis brazos sin coquetería ni artificio, y aunque sóbria siempre en palabras, aun en los momentos en que su noble corazón se encendía y agitaba, díjome tanto en cada frase y tanto me hizo adivinar, que no acertara á explicarlo la lengua más expresiva y elocuente.

Ella iba á misa á la iglesia del Refugio todos los domingos á las siete de la mañana. Salía pocas veces; pero de allí adelante trataría de que Don Mateo la llevara á las serenatas los jueves; iría con frecuencia á casa de una familia conocida, calle de las Peras, y saldría al balcón con las niñas, por si yo pasaba; pues no convenía que pasara yo por su propia casa.

¡Que breve fué aquella pieza! Cuando terminó; la familia del Secretario tomaba sus abrigos, y no hubo poder humano que la detuviera, ni mamá que no se creyera obligada á marcharse también. Cundió la voz de reti-

rarse y hubo allí grandísima confusión de sombreros, abrigos, paraguas y bastones.

Temiendo una interpelación de Vaqueril, gané en tanto la puerta, sin poder explicarme si sentía yo el corazón ensanchado por la alegría ú oprimido por el recuerdo de aquel breve momento de placer.



VII

Lecciones orales.

A contar de aquella noche, no hubo semana en que yo no viera alguna vez á Remedios, ya en la serenata, ya al salir de misa, ya en fin en la calle de las Peras. Ignoro cómo se las compuso Vaqueril para excusarse con Cabezudo por no cumplir la palabra empeñada; pero mientras tanto, Miguel me dió á entender que su influencia había prevalecido en el ánimo del Gobernador,